

037. El cuerpo, respetado

Nadie niega hoy que nos encontramos ante un nuevo humanismo respecto del trato, del cuidado, del culto —como se dice hoy— que el mundo tributa al cuerpo humano. La buena alimentación, la gimnasia, el deporte, y tantas y tantas actividades humanas, todas van dirigidas actualmente a conseguir un cuerpo sano, robusto, atlético, elegante...

Y viene entonces la pregunta inevitable:

- *¿Qué concepto debe merecernos el cuerpo, nuestro cuerpo?...*

Ese cuerpo, que creado por Dios y unido en una sola naturaleza con el alma, es parte sustancial de nuestro ser.

El cuerpo del hombre siempre ha sido actual. Pero, en nuestros días, ha alcanzado un grado tal de importancia como no se había conocido nunca. Es curioso lo que ha pasado con el cuerpo a lo largo de la Historia. Porque, según la filosofía que ha imperado,

- o se le ha castigado como un criminal,
- o se le ha vigilado como a un ser peligroso,
- o se le ha despreciado como a materia inmunda,
- o se le ha tratado como a un chiquillo que merece compasión,
- o se le ha adorado como a un dios.

Hoy se le rinde al cuerpo un culto casi divino, lo mismo en un concurso de Miss Universo que en la competencia de músculos sobre el tablado del boxeo.

Ante el cuerpo *sexo*, se inclina toda rodilla.

Ante el cuerpo *salud y belleza*, se sacrifica todo.

La elegancia y la comodidad del cuerpo son lo primero, lo primerísimo, en la vida de tantos...

Pero a nosotros, cristianos, ¿qué concepto debe merecernos nuestro cuerpo? San Francisco de Asís lo llamaba simpáticamente *el hermano asno*. Humilde cuanto queramos este borrico, pero hermano nuestro.

Y mucho más que hermano: porque es parte constitutiva de nuestro propio ser, de nuestro propio YO. El cuerpo es una maravilla de Dios, pero que tiene su parte débil, y por eso nos debe inspirar cuidado.

Es famoso el dicho del filósofo romano:

- *Soy mayor, y he nacido para mayores cosas, que para convertirme en un esclavo de mi cuerpo* (Séneca)

Mientras que otro escritor romano, enseñaba:

- *Debemos orar* —orar, así, como suena— *para tener un alma sana en un cuerpo sano* (Juvenal)

Estos dos escritores, paganos los dos, muestran una sensatez auténticamente cristiana...

El cuerpo es una maravilla que Dios nos ha confiado. Pero, el culto que el deporte y el pansexualismo modernos le tributan, debe conllevar moderación y ser guiado con prudencia valiente.

La fe cristiana nos ha dicho lo que es nuestro cuerpo y el trato finísimo que se le debe.

Si es miembro de Cristo, merece el mismo respeto que el Señor.

Si es templo del Espíritu Santo, vive consagrado siempre a Dios.

Si tiene promesa de una resurrección futura, su debilidad se convierte en vigor eterno.

Pero nuestro cuerpo goza de una dignidad extraordinaria por el hecho de que el Hijo de Dios, al hacerse hombre, toma en el seno de María un cuerpo como el nuestro, exactamente igual que el nuestro. Un Cuerpo, junto con el Alma de Jesús, que es levantado a la categoría de Dios. Y ese Cuerpo de hombre es adorado y es ensalzado en lo más alto del Cielo.

Nuestro cuerpo, si lo miramos a la luz de la revelación de Dios, es algo sagrado, digno de respeto, merecedor de atención exquisita.

Y si se quiere dominar y sujetar al cuerpo —por ejemplo, con la penitencia cristiana—, no es por desprecio, sino por prudencia, ya que por las tendencias malas que lleva dentro a causa del pecado original de Adán en el paraíso, podría convertirse en causa de perdición.

El cuerpo del cristiano es objeto de culto especial en la Iglesia.

El cuerpo es lavado en el Bautismo, y el hombre entero recibe la vida divina.

El cuerpo es ungido en la Confirmación, y el hombre entero se ve invadido del Espíritu Santo.

El cuerpo recibe el Pan y el Vino —Cuerpo y Sangre del Señor—, y el hombre entero queda repleto de la vida de Dios.

El hombre y la mujer estrechan sus manos ante el Altar, y sus cuerpos quedan destinados a obras maravillosas de amor y de fecundidad, en santidad y unión con Cristo y su Iglesia, para poblar el Reino con nuevos ciudadanos y con muchos moradores la Gloria.

El cuerpo del cristiano, ya cadáver, es incensado como se incienso al mismo Dios...

La filosofía, y las costumbres de la época, dirán muchas cosas acerca del cuerpo. Pero ninguna atinará como la Iglesia, que nos dice lo que Dios mismo dice del cuerpo que Él creó y santificó.

¿Adoramos el cuerpo, estilo *sexo* y exagerado *deporte* modernos?... Nos equivocamos.

¿Despreciamos el cuerpo?... Nos equivocamos también.

¿Lo respetamos, lo cultivamos, lo dominamos, lo disfrutamos recta, sabia y santamente?... Entonces sí que estamos en lo cierto, y atinamos de veras.